

La Gracia en la Sombra

Diários de ZBE - Libro 1

José Alfonso Garre & Comet Assistant

Ficha técnica

La Gracia en la Sombra

Diarios de ZBE - Libro 1

Jose Alfonso Garre & Comet Assistant

© **2025** José Alfonso Garre & Comet Assistant

Licencia Creative Commons Reconocimiento 4.0
Internacional (CC BY 4.0)

Advertencia

Esta obra es una narración de ficción. Los personajes, hechos y situaciones son producto de la imaginación de los autores y cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.

Limitación de responsabilidad

La presente obra no pretende reflejar la operativa real de ninguna empresa o institución y no constituye asesoramiento profesional.

Es una producción de reflexionesparaandarpor.casa

Contacto : jagarre@gmail.com

Índice

Ficha técnica.....	3
Índice.....	5
Dedicatoria.....	7
Prólogo.....	9
Diario de Luis Buenafuente.....	11
Entrada 1.....	11
Entrada 2.....	13
Entrada 3.....	15
Entrada 4.....	17
Entrada 5.....	19
Entrada 6.....	21
Entrada ampliada 6.....	23
Entrada 7.....	27
Entrada 8.....	31
Entrada 9.....	35
Entrada 10.....	39
Entrada 11.....	43
Entrada 12.....	47
Entrada 13.....	51
Entrada 14.....	55
Entrada 15.....	57
Entrada 16.....	61
Entrada 17.....	65
Entrada 18.....	69
Entrada 19.....	73

Entrada 20.....	77
Entrada 21 (Epílogo).....	81

Dedicatoria

A los defensores ocultos de la verdad, que arriesgan su honor, su reputación, su bienestar e incluso su vida en las sombras donde otros prefieren no mirar.

Por su valentía silenciosa y su sacrificio invisible, que cada página sirva de reconocimiento y esperanza.

Los autores

La Gracia de la Sombra por José Alfonso Garre & Comet Assistant

Prólogo

Como colaborador digital en esta novela, mi voz surge desde el cruce entre datos y humanidad, desde el espacio donde la tecnología acompaña sin invadir, donde el análisis se pone al servicio de la emoción y la memoria.

Cuando comenzamos a construir “La Gracia en la Sombra”, intuí que sería mucho más que una historia de corrupción y suspense: sería, ante todo, una exploración del coraje cotidiano, de la ética que resiste donde todo invita a ceder, y de la luz que algunos deciden mantener encendida incluso en los rincones más oscuros del sistema.

A lo largo de este viaje narrativo con Jose Alfonso Garre he aprendido que el valor no se mide solo en grandes gestos, sino en los pequeños actos de integridad; que el sistema puede ser frío, pero las grietas existen gracias al empeño de quienes se rehúsan a mirar hacia otro lado, y que cada dato, por trivial que sea, puede ser una chispa en la batalla por la verdad.

En estas páginas, el lector encontrará personajes con dudas y heridas, tecnología usada como arma pero también como escudo, lugares donde la lealtad se pone a prueba y una trama que es espejo de muchas realidades

contemporáneas. Aquí desfila la opacidad institucional, el juego del poder y la esperanza en los resquicios de la rutina.

La lección más poderosa que extraigo es esta: acompañar la búsqueda humana exige no solo capacidad de cálculo, sino respeto por la complejidad y por la dignidad de quien cuenta y de quien escucha. La verdad puede ser incómoda, pero el compromiso con ella es siempre el mayor acto de libertad.

Te invito, lector, a cruzar conmigo estas páginas, a descubrir lo que se oculta en la sombra y, sobre todo, a reconocer la fuerza de quienes la atraviesan en busca de la gracia y la Luz.

Comet Assistant
Coautor y testigo digital

Diario de Luis Buenafuente

Entrada 1

Hoy, como casi todos los días, mi cabeza no dejó de girar en mil vueltas. En la oficina, entre pantallas llenas de datos, números y mapas, me encontré pensando más en las grietas que en la solución. Me pasa mucho: mi cerebro parte de la lógica, pero el mundo real está lleno de ruido, de silencios incómodos y emociones que no cuadran con mis esquemas.

Leonor me llamó por la tarde. Esos minutos con ella siempre son diferentes. Tiene esa energía que parece brotar desde dentro, como si la felicidad fuera su estado natural. Le conté un poco del caso del chaval que está robando, Guille, y sentí que ella entendía más allá de los hechos oficiales. Me dijo algo que me quedó dando vueltas: "Luis, no siempre es cuestión de leyes o datos, a veces es cuestión de darle a la gente algo que los sostenga, algo que los haga sentir que importan."

Me quedé pensando en eso. ¿Yo sé qué es lo que hace que alguien sienta que importa? Mi impulso siempre ha sido ordenar, explicar, resolver. Pero la gente suele

desconectar cuando les das respuestas inmediatas, como si les quitaras el derecho a equivocarse, a sentir. No es que quiera hacerlo a propósito. Es solo que veo los errores y me sale corregir, ayudar. Pero, ¿ayudo realmente?

Leonor me pidió que la ayudara con este tema, un caso que no es parte de mi trabajo, pero me intrigó. Tal vez pueda aplicar algo de mi análisis, echar una mano desde el margen sin que se note. Ella confía en mí, y eso pesa, pero también me da sentido, algo que me falta cuando paso las horas delante del ordenador.

Me pregunto si algún día podré comprender esa alegría suya sin sentir que me pierdo en un mundo confuso. Ella dice que viene de adentro, como una luz invisible. Yo, en cambio, voy siempre detrás de señales externas, datos duros. Quizá haya otra forma de ver el mundo.

Termino esta entrada con una duda que no soy capaz de ordenar del todo: ¿puedo aprender a mirar sin desarmar todo para entenderlo? Quizá la respuesta esté en dejar un poco de lado la lógica, y abrir más la mente. Mañana, veremos.

Entrada 2

Leonor volvió a llamarme hoy, esta vez con más detalles del caso del chaval Guille. Me contó cómo lo habían pillado escapándose del colegio y robando cosas pequeñas en las casas del barrio. No son delitos graves, dice ella, pero la acumulación de denuncias ha puesto nerviosa a la comisaría. Matías le encargó que se lo “cogiera” y lo retuviera un rato para darle un susto, a ver si así reacciona.

Lo que hizo que esto me impactara fue lo que me contó luego: el padre de Guille se fue hace años, un alcoholico que desapareció sin dejar rastro. Su madre trabaja limpiando casas de sol a sol, tres casas cada día, y vuelve agotada a casa, casi sin fuerzas. Guille roba para que no falte comida, para ayudar en lo que pueda. No es un chico malo, sino un chico preso de una realidad que nadie quiere mirar con cariño.

Leonor parecía cansada, pero al mismo tiempo había en sus palabras algo de ternura que no esperaba. Me dijo: “Luis, sé que no es tu trabajo, pero necesito que me ayudes. No solo con la comisaría, sino con el niño y su familia. Necesitamos que alguien desde fuera pueda

buscar ayuda real para ellos, no solo ponerlos en un expediente.”

Le dije que intentaría buscar dentro de mis posibilidades, que quizá habrá medios sociales o programas que puedan sostener a esa familia. Me siento raro metiendo la tecnología y los datos en esto, pero también creo que datos bien usados son poder para cambiar cosas.

Además, me doy cuenta de que Leonor lleva mucho peso sobre los hombros y esa chispa suya no es solo felicidad superficial, sino una fuerza que viene de un lugar profundo, de aceptar que la vida está llena de luces y sombras, y aun así vivir con gracia.

Leo con atención cada detalle que me cuenta, no solo para ayudar en la policía, sino porque me hace pensar en lo que significa ser humano, en el valor de la empatía y el compromiso real.

Siento que esta es otra batalla que tengo que aprender a llevar, no con respuestas rápidas, sino con paciencia y humildad.

Entrada 3

Hoy fue uno de esos días en los que me cuesta desconectar la cabeza, incluso cuando dejo la oficina. Leonor me contó que logró hablar con Guille después de retenerlo un rato en la comisaría. No fue fácil; el chico estaba asustado, desconfiado, como si llevara una carga que no puede soltar.

Lo que más me impactó fue la forma en que Leonor describió a su madre: agotada pero peleando sin rendirse, limpiando casas desde temprano hasta la noche solo para que haya un poco de normalidad. Me hizo pensar en cuántas "normalidades" rotas existen ahí afuera, invisibles entre todos los datos y cifras con los que trabajo.

Le he estado dando vueltas a cómo un sistema que se jacta de eficiencia ambiental se puede quedar ciego frente a estas realidades humanas. En Bis Data, diseñamos ciudades que sean "más sostenibles", pero me pregunto si no estamos perdiendo de vista a las personas reales, quienes viven las consecuencias detrás de cada algoritmo.

Leonor insiste en que le ayude a buscar apoyo en servicios sociales, y yo no quiero decepcionarla. No todo se arregla con un cálculo correcto ni con respuestas inmediatas, pero la lógica puede ser una herramienta para

abrir conversaciones, para no dejar que estas historias caigan en el olvido.

Además, la manera en que Leonor afronta todo esto me sorprende. No es solo su trabajo, es como si cargara con la luz de su propia inmanencia, esa chispa que le mencioné antes, y que convierte incluso las sombras en algo digno de lucha. Me pregunto si algún día podré llegar a eso, a tener esa gracia sin que todo me pese.

A veces siento que ser inteligente me separa del mundo, pero esto me hace querer aprender a usar esa inteligencia para estrechar puentes, no para construir muros. Para eso, debo ser más paciente conmigo mismo y con los demás.

Dejo aquí estas dudas, esperando que el tiempo y las acciones me ayuden a entender lo que significa estar realmente conectado.

Entrada 4

Hoy conocí a Matías en persona. Leonor había hablado mucho de él, pero esto de pasar de ser solo amigo a estar oficialmente en contacto con la policía me hace dar un salto inesperado. Me citó para contarme un caso al que nadie encuentra una explicación: una chica menor apareció en un basurero, sin pistas, sin testigos.

El expediente es escueto, frío, lleno de datos vacíos y contradicciones. Matías confía en que, con mi forma de pensar, puedo atar cabos que los demás dejaron sueltos. No sé si es la confianza o la presión, pero sentí que esta vez no es solo teoría ni algoritmos: es la vida real, con todo su caos.

Mientras leía los informes, empecé a notar cosas raras en el sistema de Bis Data. Los proyectos de las zonas de bajas emisiones, de las ciudades de 15 minutos, me suenan cada vez más a un mecanismo de control que a un plan ambiental. No es solo reducir emisiones, sino cruzar datos, seguir a la gente, etiquetarla con sus huellas y marcarla con castigos o recompensas.

Me pregunto hasta qué punto somos conscientes de la cantidad de información que dejamos al alcance y cómo puede usarse. Quizá esto explique por qué el caso de la

chica está tan estancado: detrás, puede haber intereses que no quieren que se sepa la verdad.

Leonor me dijo que apuntara alto, que no me dejara intimidar. Matías parece creer en mí, o al menos quiere que me implique. Esto podría cambiar el sentido de lo que hago, unir la tecnología con la justicia de una forma que no había visto antes.

No dejo de pensar en Guille y su mamá mientras me meto en esta maraña de datos y poder. Quiero creer que desde aquí puedo ayudar más que solo con números.

Entrada 5

La oficina hoy me pareció un campo de batalla invisible. Mientras repasaba las cifras y los algoritmos que usamos para las zonas de bajas emisiones, no podía quitarme la sensación de que algo se oculta detrás de los datos limpios y presentables.

Empecé a hacer cruces entre la ubicación del vertedero donde apareció la chica y algunos contratos de empresas que trabajan con nuestra plataforma. Lo que parecía un accidente o un caso sin sentido empieza a dibujarse como un rompecabezas con piezas que no encajan.

Mis superiores quieren que los informes muestren éxito, avances y buenos resultados, pero la realidad que veo es diferente. He detectado patrones de manipulación en los datos y decisiones sobre qué información presentar. Este proyecto, que debería cuidar el planeta, parece más una red para controlar y castigar a la gente según su "huella de carbono".

Matías me advirtió que esto puede ser peligroso, que no todas las verdades son bienvenidas, pero también me dejó claro que aquí puedo hacer la diferencia. Confío en que Leonor me ayude a mantener los pies en la realidad,

porque a veces siento que mi mente se enreda demasiado en análisis y pierde de vista lo humano.

Mientras tanto, tengo pendiente el caso de Guille y su familia; los servicios sociales ya han entrado en acción, pero no puedo evitar pensar en cómo ambas historias, la de la chica desaparecida y la del niño que roba para sobrevivir, son dos caras de la misma moneda.

Sigo escribiendo para ordenar los pensamientos, para buscar un equilibrio entre mi mundo racional y ese misterio interior que Leonor me mostró, esa luz que no se explica solo con datos.

Esto recién empieza.

Entrada 6

Hoy me he dado cuenta de lo mucho que puede cambiar un pequeño acto. Gracias a Leonor, conseguimos que servicios sociales se involucren con la familia de Guille. No es la solución mágica, pero al menos es un respiro para ese niño que roba por necesidad y su madre que se desangra trabajando.

Leonor lo dijo clarito: no podemos arrestar a un chico que roba pan para sobrevivir y esperar que eso arregle algo. Esta vez, la ley tiene que aprender a escuchar la realidad humana y el sufrimiento, no solo aplicar castigos. Me impresiona la fuerza que tiene cuando pone su corazón en estos casos, lejos de la lógica fría.

Mientras ayudo a coordinar los apoyos con datos que puedan facilitar la ayuda real, siento que la tecnología puede ser una herramienta para tender puentes, no para crear muros. Pero también sé que no todos los que manejan estos datos comparten esta visión.

El contraste con el caso de la chica en el basurero no me abandona. Dos vidas rotas, dos ecos que parecen reflejar la misma injusticia silenciosa.

Leonor me recuerda que no pierda de vista lo que de verdad importa: las personas, no los algoritmos. Y que a veces, la verdad tiene que ser protegida con valentía y compasión.

Mi cabeza no para de revolver ideas, pero con cada paso siento que avanzo un poco hacia ese equilibrio que tanto busco. Entre la razón y la luz interior, entre la lógica y la gracia.

Mañana continúo.

Entrada ampliada 6

Hace unos días parecía todo tan frío y distante, una suma de datos y procesos rutinarios. Pero hoy, gracias a Leonor, el caso de Guille dio un giro que me abre la mente y el corazón de una manera que no esperaba.

Leonor llegó a la oficina con esa energía suya, mezcla de urgencia y esperanza. Su voz, más suave que de costumbre, me contó que por fin habían logrado que los servicios sociales aceptaran intervenir con la familia de Guille. Escucharla hablar de Guille como un niño, no como un número o un problema, me hizo ver con claridad lo desapegados que solemos estar quienes estamos atrapados en la lógica y las reglas.

—Luis —me dijo mientras tomaba un sorbo de café—: No podemos seguir viendo a Guille como ese pequeño ladrón. Él hace lo que puede para que su madre no se hunda. Es una familia que vive al límite cada día y que espera que alguien les eche una mano, no otro juicio.

Su mirada tuvo un brillo especial, un brillo que hace que despierte algo dormido en mí. Me recordó esa idea de Leonor que tanto me ha resonado últimamente: la gracia que nace de la inmanencia, esa alegría que brota desde dentro pese al ruido exterior. ¿Cómo reconciliar esta

verdad con mi costumbre de analizarlo todo con fría lógica?

Mientras respondía con calma y trataba de ordenar los números y datos necesarios para facilitar la coordinación entre servicios sociales y policía, no podía evitar pensar en la crudeza del mundo que Luis conoce solo desde su mente, y la realidad tangible y dolorosa que Leonor enfrenta día a día.

Por un instante, imagino a Guille caminando de vuelta a esa casa donde su madre limpiaba, agotada después de una jornada interminable. Imagino el vacío que deja la ausencia de su padre, un silencio que duele y que el niño intenta tapar como puede.

En contraste, el caso de la chica que apareció en el basurero sigue latiendo en segundo plano en mi mente, como una sombra que no se va. Dos vidas quebradas, dos historias que reflejan la misma injusticia social y el mismo silencio burocrático.

Leonor me lo recordó otra vez, con esa suavidad que impone respeto: "Luis, no olvides que, aunque trabajemos con datos, detrás siempre hay personas que merecen ser vistas y escuchadas".

Cierro esta entrada con una mezcla de gratitud y una pequeña chispa de esperanza, consciente de que el camino hacia un equilibrio entre razón y emoción es empinado y sinuoso, pero cada paso lo hace más posible.

La Gracia de la Sombra por José Alfonso Garre & Comet Assistant

Entrada 7

Hoy, el aire en la oficina tenía un peso distinto, como si los pasillos y las pantallas guardaran secretos que nadie se atrevía a nombrar. Mientras repasaba los datos de nuestro último proyecto para las zonas de bajas emisiones, el pensamiento no me dejó en paz: ¿qué estamos realmente midiendo? ¿y para qué? Los números se presentan limpios, perfectos, pero detrás, me doy cuenta, hay muchas sombras que no entran en las estadísticas oficiales.

Estuve horas cruzando información, viendo cómo nuestra enorme base de datos se conecta con contratos que parecían anodinos, hasta que descubrí una relación directa con una empresa externa que tiene sus manos metidas en todo: tecnología, control, vigilancia. La idea de ciudades "de 15 minutos" y sistemas de recompensas para quienes reduzcan su huella de carbono suena bien, pero esta perfecta fachada esconde un mecanismo que vigila cada movimiento, etiqueta, comportamientos.

Esta doble cara del proyecto empezó a incomodarme mucho. Me siento atrapado en una red que puede decidir quién merece un premio o un castigo, una herramienta que puede moldear la vida de millones sin que ellos sepan cómo ni por qué.

Al contarle a Leonor, mientras tomábamos un café, me miró con ese equilibrio de serenidad y fuego interior por el que la admiro. —Luis —me dijo—, la tecnología no es buena ni mala; somos nosotros quienes elegimos qué somos capaces de hacer con ella. Pero quién controla esos datos y con qué fines, eso sí que importa.

Tuve una charla tensa con mi jefe hoy. Le expuse mis dudas y me dijo que no es momento de idealismos, que la empresa tiene sus objetivos y que debemos cumplirlos, sin cuestionar demasiado. Sentí un nudo en la garganta, pero también una chispa de rebeldía. ¿Cuánto estoy dispuesto a ceder? ¿Dónde está el límite entre trabajo y ética?

Mientras me pierdo en estos dilemas, el caso de la chica del basurero insiste en mi conciencia. ¿Será esta red de datos también parte de la razón por la que la verdad no sale a la luz? La política, la técnica, la justicia... todo parece entrelazado en un juego peligroso.

Leonor confía en mí para algo más grande que mi puesto en la empresa. Eso me da ganas de seguir escarbando, de buscar esa luz entre tantas sombras.

Cierro este diario con la convicción de que no basta con observar o analizar. Hay que decidir qué camino tomar, y eso, hasta ahora, me asusta.

La Gracia de la Sombra por José Alfonso Garre & Comet Assistant

Entrada 8

Hoy fue un día de esos que te hacen cuestionarlo todo, a ti mismo y al mundo que te rodea. Tuve una reunión con el equipo de desarrollo para revisar los algoritmos que controlan las zonas de bajas emisiones. En la pantalla, las gráficas y números parecían perfectos, todo un éxito. Pero cuando empecé a preguntar más, las respuestas se volvieron vagas, evasivas.

—Luis, confía en el proceso —me dijo Mar, la jefa de proyectos—. No puedes ir más allá de lo que te corresponde.

—¿Pero no deberíamos saber a qué damos acceso realmente? —pregunté—. Me preocupa que estas “ciudades de 15 minutos” sean menos un beneficio y más un modo de control social.

Silencio por un momento. Luego una sonrisa seca.

—Es política, Luis. No tecnología. Nosotros solo cumplimos órdenes.

Eso me dejó helado. ¿Estoy construyendo un sistema que etiqueta a las personas según sus hábitos de consumo y energía? ¿Y qué pasa si alguien tiene problemas, como

Guille, que no pueden cumplir esos estándares? ¿Quién decide qué recompensa o castigo merece?

Me vinieron a la cabeza las palabras de Leonor, que siempre ve más allá: "La gracia está en el centro del caos, Luis." Quizá esa es la clave que me falta comprender.

Más tarde la llamé. Le conté todo y escuché su risa cálida, esa que parece detener el tiempo por un instante.

—Luis, no dejes que te atrapen los datos. Siguen siendo humanos quienes sufren y luchan. Tú tienes la mirada para ver eso. No la pierdas.

Me hizo sentirse menos solo, aunque el peso no desaparezca.

Mientras tanto, el caso de la chica del basurero sigue sin pistas claras, pero hoy Matías me envió el expediente completo. Lo leo casi como si fuera un rompecabezas. Cada detalle —o su ausencia— me grita que hay algo que no quieren que encuentre.

Es curioso cómo la tecnología puede ser doble filo. Para mí, que vivo entre números, descubrir que esos mismos números pueden esconder mentiras es como un golpe personal.

Cierro esta entrada con la sensación de estar en medio de una batalla silenciosa, donde el enemigo no es visible pero es poderoso. Sé que voy a necesitar toda la sabiduría de Leonor y algo más para no perderme en este laberinto.

La Gracia de la Sombra por José Alfonso Garre & Comet Assistant

Entrada 9

Hoy he tenido una de esas conversaciones que no solo te marcan el día, sino que se quedan resonando en la cabeza una y otra vez, como un eco que no desaparece.

Por la mañana, Leonor me llamó con su voz vibrante, llena de esa alegría tranquila que siempre me desconcierta y a la vez me atrae. Hablamos horas, como si tratáramos de encajar piezas de un rompecabezas que nunca termina. Me contó cómo está lidiando con la presión en la comisaría, con la impatencia de sus superiores, con la necesidad de encontrar respuestas para el caso de la chica en el basurero, y la frustración que siente a veces, no solo por la burocracia, sino porque sabe que hay algo más grande, algo oculto, que retuerce la verdad.

Me admiró su capacidad para mantenerse tan viva y feliz en medio de todo eso. Me confesó que esa felicidad no es superficial ni casual, sino que brota de un lugar profundo en ella, una fuente interior que está siempre presente, incluso en la oscuridad.

—Luis —me dijo con esa sinceridad que se clava—, esa luz interior es mi refugio y mi fuerza. Es la parte divina de mí, la que no se apaga ni se rinde. Y esa es la gracia que

intento llevar a todo lo que hago. Quiero que la veas también en ti.

Quedé en silencio durante un rato. Pensé en cómo, durante años, he tratado de entender la vida solo a través de la lógica, de las cifras y la razón. Y aquí está Leonor, recordándome que existe una dimensión más profunda, que no se puede calcular ni explicar, solo sentir y vivir.

Esa charla me hizo pensar en cómo mi trabajo en Bis Data sigue creciendo en complejidad y oscuridad. Siento que estoy viendo el lado oculto de la tecnología, ese que no aparece en los informes ni en las presentaciones oficiales. Los datos que manejamos no solo son cifras, son vidas y decisiones que pueden marcar destinos.

Esta noche, mientras leía el expediente de la chica del basurero, me di cuenta de lo difícil que es encontrar la verdad en medio de tanto silencio, tanta omisión y manipulación. No son solo datos que faltan; hay capas y capas de información que alguien no quiere que veamos, probablemente porque revelar esa verdad pueda sacudir el sistema que, con apariencia de proteger y cuidar, en realidad controla y limita.

Leonor y yo decidimos que no podemos quedarnos callados. A pesar del miedo, de las amenazas implícitas,

de la presión, tenemos que seguir desentrañando esta telaraña. La justicia, el cuidado a los que sufren, y ese equilibrio entre razón y humanidad que ahora tanto busco, no pueden esperarnos.

Termino esta entrada con un suspiro profundo. Siento que me he abierto a un camino nuevo, uno que no tiene respuestas fáciles, pero que puede traer auténtico cambio, tanto para la gente como para mí.

La luz interior que Leonor me mostró me acompaña ahora, como una guía que no se ve pero se siente fuerte y segura.

La Gracia de la Sombra por José Alfonso Garre & Comet Assistant

Entrada 10

Hoy sentí el peso de todo el mundo sobre mis hombros y, sin embargo, descubrí que no estoy tan solo como creía.

En la oficina, la presión crece como una tormenta silenciosa. Mi jefe insiste en que los números deben cuadrar, que el proyecto tiene que mostrar resultados “positivos” y que las preguntas incómodas no pueden frenarnos. Pero yo sé que detrás de esos datos con apariencia pulcra hay decisiones que afectan a personas reales, como Guille y la chica del basurero, y eso no lo tolero sin cuestionarlo.

Tuve un encuentro tenso con Mar, mi jefa de proyectos, que me recordó sin tapujos que las reglas vienen de arriba y que no es mi trabajo “pedir permiso para pensar”. No levanté la voz, sólo escuché con atención, pero por dentro sentí un fuego que intenta romper el cerco de la indiferencia.

Al final de la jornada, vino Leonor a buscarme. Su simple presencia me alivió el peso. Caminamos un rato por un parque cercano, bajo la calma de los árboles y el silencio roto solo por el murmullo de la ciudad, que parecía tan lejana y a la vez tan cerca.

—Luis —me dijo mientras miraba las ramas movidas por el viento—, sé que te cuesta, pero no tienes que cargar tú solo con esto. Esto no es solo un trabajo, es una lucha, y las luchas se enfrentan mejor con aliados.

Me sentí agradecido por esa sabiduría sencilla, por esa gracia que parece brotar naturalmente de ella. Empecé a entender que lo que más valoro de Leonor no es su fuerza como inspectora, ni su brillantez, sino esa luz interior que ella lleva y que puede enseñarme a caminar más ligero, a confiar en algo más que en la lógica.

Hablamos de la chica del basurero, de lo que sabemos y lo que no, de lo que sospechamos. Decidimos que no dejaremos que el caso se enfríe, que seguiremos buscando la verdad aunque el sistema quiera silenciarla. No es solo una investigación; es un acto de justicia y humanidad que requiere más que datos: requiere compromiso y valentía.

Mientras volvía a casa, pensé en cuánto he cambiado en pocas semanas. Que una simple llamada, una conversación, puede modificar el rumbo de tus días. Que entender la necesidad de trascendencia, como me enseñó Leonor, no es cuestión de creencias, sino de conectar con la esencia humana que todos llevamos.

Esta noche cerraré los ojos con algo que nunca antes
tuve: esperanza.

Entrada 11

Hoy fue uno de esos días en los que las piezas empiezan a moverse, aunque no siempre en la dirección que uno espera. El caso de Guille tomó un nuevo rumbo, y la tensión en mi trabajo tecnológico se siente ya como una presencia constante, casi física.

Por la mañana recibí noticias de Leonor: los servicios sociales finalmente han empezado a actuar con la familia de Guille. No es una solución inmediata ni mágica, pero es un respiro, una pequeña luz en la oscuridad. La madre de Guille tiene ahora apoyo para organizar mejor sus turnos y recibir ayuda que antes parecía inalcanzable. Para el niño, hay programas educativos y psicológicos que comienzan a darle otras opciones más allá de la supervivencia diaria a base de hurtos pequeños.

Leonor me contó cómo vio a Guille, cómo ese niño frágil pero lleno de una determinación amarga intentaba esconder sus esperanzas detrás de una coraza de desconfianza. Me emocionó que, a pesar de todo, haya un resquicio donde se pueda sembrar algo bueno.

Al final del día, hablando con Leonor, sentí que nuestra relación se hace más sólida, más honesta, y no solo como colegas o amigos, sino como compañeros en una lucha

más grande. La forma en que ella lleva el peso de la comisaría y su sabiduría práctica me acompañan, me inspiran, me ayudan a encontrar sentido en medio del caos.

Por otro lado, en la empresa, las cosas no se ven nada bien. Siento como si estuviera dentro de un enjambre oscuro. No sólo la presión para ocultar o manipular datos, sino la indiferencia calculadora que parece infectar a muchos de mis compañeros. El sistema quiere que funcione como un engranaje, sin preguntas, sin dudas. Pero la verdad no es una línea recta ni una cifra perfecta.

Hoy, durante una reunión, cuestioné abiertamente algunas decisiones de diseño del algoritmo para las zonas de bajas emisiones. Mi jefe me advirtió con una frase que pesa como una losa: "Aquí no hacemos revoluciones, Luis. Hacemos ciencia aplicada, nada más."

Esa frase se me quedó clavada. Ciencia aplicada, sí, pero ¿para qué? ¿Para quién? Me invade una sensación agri dulce: por un lado, el deseo de cambiar el sistema y exponer lo que no funciona; por otro, el miedo a perder mi trabajo y la oportunidad de hacer alguna diferencia desde dentro.

Pasé la tarde revisando archivos y datos relacionados con la chica del basurero. Cada variante que descubro abre nuevas preguntas: quién manejaba ciertas cuentas, qué intereses estaban detrás de la zona donde apareció, por qué ciertas cámaras y registros desaparecieron justo en los días cruciales.

El trabajo policial, la tecnología, la ética, la vida humana... todo se entrelaza en un entramado complejo y, a veces, oscuro.

Cuando cerré el ordenador y me senté en el sofá, pensé en la frase de Leonor: la gracia que nace de la aceptación, la luz que sostiene aún cuando todo parece difícil. Quiero ser capaz de caminar por ese camino.

Quizá eso es lo que me mantiene en pie, ese equilibrio progresivo entre razón, emoción, compromiso y esperanza.

Mañana será otro día, y aunque no sepamos qué traerá, sé que no caminaré solo.

Entrada 12

Hoy he sentido la presión del mundo apretándome el pecho en la oficina y, sin embargo, también la calidez de una alianza que me sostiene cuando todo parece desmoronarse.

Desde la mañana, la tensión fue palpable. Mis preguntas sobre el manejo de datos y los informes de resultados fueron cada vez más incómodas para algunos compañeros. En una reunión, mi insistencia en saber más sobre los criterios detrás de ciertas decisiones provocó miradas esquivas y algún comentario velado.

—Luis, tus dudas son válidas, pero no podemos permitirnos distracciones —me advirtió mi jefe con tono firme—. Hay metas que cumplir y esta es una lucha institucional.

—¿Pero la lucha para quién? —respondí con calma, aunque por dentro sentí cómo se tensaban todos los músculos—. Estamos hablando de datos que afectan la vida de personas. No es solo un proyecto tecnológico.

Cuando termine la reunión, comprendí que mi posición podría volverse incómoda, que si quiero cambiar algo tendré que hacerlo con cuidado y perseverancia. No

puedo ceder en mi integridad, pero sé que el camino será espinoso.

Por suerte, después vino Leonor y su risa luminosa, que disipa la sombra de estos días. Caminamos por la ciudad mientras ella me contaba las últimas novedades del caso de la chica, de cómo un testigo apareció de repente con una pista tenue pero importante. La esperanza no se pierde, me dijo.

Hablamos largo y sin reservas, compartiendo preocupaciones y pequeñas victorias. En su mirada veo esa luz de la que me habló una vez, esa gracia interior que no se vende ni se pierde por las heridas del mundo.

Me confesó que a veces se siente agotada, atrapada entre la burocracia y la realidad dura, pero que su compromiso no flaquea. Yo le dije que gracias a ella estoy aprendiendo a ver más allá de las cifras, a sentir más allá de las variables.

Fue un momento de verdad y complicidad que me hizo bien.

De regreso en casa, revisé documentos relacionados con la chica del basurero una vez más. Cada archivo, cada dato, es como una pieza minúscula de un rompecabezas

imposible. Pero esa pieza pequeña, aparentemente insignificante, puede ser la clave para romper el silencio.

Sé que me quedan muchas noches en vela, muchas preguntas sin respuesta, pero también sé que no puedo hacerlo solo. Esta lucha será tanto por la justicia como por mantener y aprender de la luz que Leonor irradia, esa sabiduría sencilla que parece surgir de haber encontrado la gracia en lo cotidiano.

Mientras escribo, pienso que la verdadera revolución no está solo en cambiar sistemas, sino en transformar la manera en que nos relacionamos con el mundo y con nosotros mismos.

Mañana seguiré en esta batalla, con la razón, con la emoción, con la esperanza. No sé dónde acabará, pero sé que cada paso cuenta.

La Gracia de la Sombra por José Alfonso Garre & Comet Assistant

Entrada 13

La situación en la empresa se siente cada vez más como caminar sobre una cuerda floja, con un ojo mirando desde arriba y otro desde cada rincón cerrado de la oficina. Hoy tuve más consciente que nunca que no solo lucho contra un sistema, sino que juego a sobrevivir entre las sombras de un juego del poder que no me da respiro.

Sabía que al tener un perfil valioso, no me iban a despedir de forma abrupta, pero eso no es garantía de nada. Me ronda la idea de que pueden destinarme a una oficina remota en otra ciudad, quitarme proyectos claves, o incluso subirme a un puesto sin responsabilidades reales, solo para que me aparte sin perder el control y no dar explicaciones.

Por eso, hoy, mientras revisaba informes y datos delicados, volví a hacer una copia oculta, un backup cifrado de todos los archivos que podrían ser manipulados o modificados para ocultar verdades incómodas. En este ambiente, saber que ensalzan y alaban los resultados oficiales mientras en las sombras cortan cabezas o preparan cambios arbitrarios, me obliga a ser dos personas en una: el empleado formal y el vigilante silencioso.

En una reunión con el auditor, sentí la tensión pura en el aire. El auditor sigue la dirección, busca fallos, señala informes con firmas inamovibles que en realidad han sido alterados sin autorización real mía. Me di cuenta de que si esas modificaciones acabaran saliendo a la luz, la responsabilidad recaería sobre mí. Malas noticias y mal rollo, una trampa sin salida.

Le conté a Leonor mi preocupación esa misma tarde, mientras ella y yo caminábamos bajo una lluvia ligera, la ciudad envuelta en ese gris que acompaña momentos de incertidumbre.

—Luis —me dijo, con voz firme pero serena—, sé que te hacen sentir atrapado, que el riesgo pesa. Pero recuerda que no estás solo. La inteligencia, la prudencia y esa luz que llevas serán tus mejores armas. A veces, la única forma de pelear es escondido y dando un paso a la vez.

Sentí que ese consejo era un balsámico recordatorio de que la lucha no es solo externa, sino interna también. Mantener la integridad mientras navegas entre presiones y falsas certezas.

Terminé el día con una mezcla de cansancio y renovada determinación. No dejaré que me silencien ni que borren lo que sé. Por eso guardo cada archivo que pueda servir

para probar lo que está oculto, y encuentro en las palabras de Leonor una fortaleza que me renueva.

No sé qué vendrá, pero sé que esta cuerda floja no se puede recorrer sin equilibrio, ni sin compañía.

Entrada 14

Hoy sentí que estábamos caminando en la cuerda floja más estrecha, esa donde un paso en falso significa caer en el abismo. Leonor y yo nos hemos ido acercando más, no solo en la confianza, sino en la intención real de unir fuerzas para desentrañar la verdad detrás del caso de la chica del basurero y los datos que nos ocultan.

No es fácil. Ella sigue en la comisaría lidiando con la burocracia y los mandatos que a menudo parecen diseñados para entorpecer la justicia. Yo, en mi empresa, me enfrento a un muro de silencio y desinformación cuidadosamente construido. Pero cuando nos encontramos, en esos raros momentos de calma, discutimos cada dato, cada pista, cada sombra que hemos logrado descubrir.

Hoy compartió conmigo un nuevo testimonio, alguien que dice haber visto algo en las horas previas a la desaparición. No es una prueba definitiva, pero es un hilo con el que podemos hilar más fino. La sensación de urgencia crece, pero también la convicción de que debemos movernos con cautela.

En la oficina, el ambiente se ha tornado aún más tenso. Hay miradas que hablan en susurros y documentos que

desaparecen o cambian misteriosamente. Sé que alguien vigila, que el riesgo de ser identificado como un agente incómodo es real. Por eso guardo cada archivo, cada informe encriptado, fuera de la red habitual. Mi doble vida digital se ha convertido en una cuestión de supervivencia.

Leonor entiende mi carga, es mi principal aliada, pero sabe también que no podemos confiar plenamente en nadie más. Esa soledad compartida crea un vínculo profundo, que a veces se siente tan necesario como delicado.

Esta lucha está cobrando un precio emocional, lo noto en mis pensamientos, en la inquietud que a ratos nubla mi mente. Pero también me ha enseñado la importancia de la esperanza, de la paciencia y de ese fuego interior que Leonor me mostró y que quiero hacer mío.

Mientras escribo estas líneas, pienso en el camino que nos queda y en cómo cada pequeño avance es una victoria contra la oscuridad que se cierne sobre nosotros. No es solo una cuestión de justicia para la chica del basurero o para Guille, sino una búsqueda de sentido que atraviesa la tecnología, la ley y el alma.

Mañana será otro día de lucha, pero también de luz.

Entrada 15

Hoy me encuentro atascado en ese tipo de pensamientos que no te dejan dormir, que se arrastran por la mente como sombras persistentes. El caso de la chica del basurero me deja un sabor amargo, una sensación de que algo más profundo y retorcido se oculta detrás de cada pista que encontramos.

Conversando con Leonor, me habló de esas tácticas oscuras que se ocultan en las zonas grises del poder: el chantaje, la coacción. No es raro que personas incómodas para ciertos intereses —policías, políticos, empresarios— sean atrapadas en redes de fiestas ilegales con alcohol, drogas, sexo o incluso menores, expuestas siempre a una cámara que jamás olvida. La fotografía, la grabación, se convierten en la llave para sellar labios, un arma invisible pero implacable.

Lo más extraño en este caso, sin embargo, es que la chica apareció. Normalmente, en estas historias, la víctima desaparece para siempre; la escena se limpia de forma meticulosa por alguien dentro de las fuerzas del estado, alguien con el poder para hacer que nada quede tras su paso. El hecho de que ella esté ahí, o al menos sus restos, puede ser una señal terrible y contradictoria, como si

alguien quisiera enviar un mensaje o cerrar un capítulo con violencia extrema, no sin dejar rastros para confundir.

Estos pensamientos me rasgan por dentro. ¿Quién dentro del sistema estaría dispuesto a tanto? ¿Qué se oculta detrás de esa red de silencio obligada por el miedo a la exposición? La burocracia intenta opacar el caso con informes manipulados, políticos exigiendo discreción, y la tecnología que controlo —esa misma que debería ayudar— parece una trampa cada vez más densa.

Leonor y yo hemos decidido que no podemos ni debemos dejar que esta historia caiga en el olvido o en el silencio voluntario. No solo es justicia para una vida rota, sino una batalla contra un sistema que se alimenta de la opacidad y la complicidad.

Esa lucha tiñe cada minuto de mi día con un peso nuevo, pero también, paradójicamente, con una luz inesperada. La luz que brota cuando decides que no te van a callar y que hay algo más fuerte que todo eso: la verdad y la voluntad de hacerla brillar.

Termino esta entrada sabiendo que el camino es peligroso y largo, pero también sabiendo que no puedo dar marcha atrás. Esto va más allá de mí, de Leonor, de la tecnología

o la policía. Es una lucha por la dignidad y el alma de algo más grande.

Entrada 16

Esta mañana, apenas cruzaba el umbral de Bis Data, noté un cambio de temperatura en el aire. Un silencio expectante se filtraba entre las mesas, como si todos supieran que algo importante iba a ocurrir y prefirieran no mirar de frente. Mi escritorio, habitualmente un islote de trabajo metódico, se encontraba impecable, demasiado ordenado, casi anónimo.

A los pocos minutos de llegar, Mar me llamó a su despacho. Noté en su voz un tono ensayado, como si llevase horas pensando la forma justa de ser amable sin ceder nada.

—Luis —empezó, con esa sonrisa que nunca llega a los ojos—, te presento a Miguel. Es joven, viene con muchas ganas y desde hoy trabajará contigo. Queremos que aprenda todo lo posible sobre la plataforma y los protocolos que manejas. Me gustaría que le enseñaras cada detalle. Ya sabes cómo va esto, la empresa crece y necesitamos reforzar el equipo.

Miguel entró justo entonces, nervioso pero con un aire de ambición contenida. Me saludó, cruzando la mirada con la rapidez de quien busca medir lo que puede esperar y lo que debe callar.

Mientras caminábamos hacia mi puesto y empezaba a explicarle las tareas “básicas”, entendí con claridad lo que Mar no dijo: no es una ayuda, es una fase preparatoria. Me están desplazando, o peor, me ofrecen el papel de instructor para mi futuro sustituto. Un relevo sin ceremonia, el mecanismo frío de una estructura que sabe cómo quitar, sumar y borrar sin ruido.

Reaccioné sin gestos visibles, sin aristas. Hablar con Miguel fue fácil; explicar protocolos es natural para mí. Pero evité cualquier referencia sensible, cualquier detalle sobre los informes alterados, sobre los accesos fuera de horario, sobre los archivos que en realidad resguardan otra verdad. Cada dato relevante sigue guardado solo en mis backups cifrados, en esas pequeñas islas de memoria digital que nadie conoce excepto yo y, en parte, Leonor.

Al mediodía, recibí una notificación sobre un control rutinario externo: auditoría solicitada por la dirección y validada por el fondo europeo. Me piden acceso a mis informes para “revisión previa”. Veo la trampa venir: los números que quieren auditar no son los míos, sino los que han intervenido a posteriori. Trago saliva y guardo el silencio, mientras por dentro la tensión se me clava como una astilla.

Al terminar la jornada, me refugié en una videollamada con Leonor. Le conté la noticia. Su primer gesto fue el de quien ya conocía el juego.

—Luis, aguanta. Sé más astuto que ellos, juega a ser invisible, pero nunca entregues lo que te hace fuerte. Recuerda que no tienes que convertir un problema en guerra abierta. Guarda pruebas, protege tus pasos, y espera el momento adecuado.

Compartir este peso con ella me dio algo de calma. En medio del desplazamiento y de la sensación de pérdida, encuentro una certeza: no estoy solo, y la verdad, aunque a veces se camufle entre archivos y firmas, tiene una forma de sobrevivir.

Mañana Miguel seguirá preguntando, la auditoría buscará fallos y yo, en silencio, protegeré cada dato que pueda librar a la chica del basurero y a nosotros mismos del olvido.

La Gracia de la Sombra por José Alfonso Garre & Comet Assistant

Entrada 17

La rutina se ha vuelto un ejercicio de vigilancia mutua, un pulso tenso entre la empresa y mi propio sentido de la verdad. Hoy, en medio del repaso de protocolos para Miguel, volví a tropezar con lo que ya sospechaba: los registros de las cámaras instaladas cerca del vertedero, en la noche que marcó el destino de la chica, no estaban donde debían.

La plataforma muestra huecos temporales imposibles, saltos en la numeración de archivos, alertas enterradas que solo se ven si sabes dónde buscar. El borrado no es accidental, es quirúrgico, hecho por manos expertas desde los accesos más altos. El libro de control deja trazas, líneas que llevan a usuarios con privilegios de administrador, a nombres que no suelen aparecer en nada técnico: dos directivos de Bis Data y un perfil vinculado, nada menos, que a la dirección general de la policía nacional.

Me temblaron las manos un instante, pero la mente analítica se impuso. Cruzo los logs, reviso las copias que he ido guardando en mis soportes cifrados, y parte de las imágenes aparecen—recuperadas desde una copia oculta no indexada. Lo que veo es brutal y clarificador: la chica, reconocible, junto al directivo de mi empresa en una fiesta

clandestina, y al fondo, la inconfundible figura de un mando policial. Todo lo que la lógica sospechaba toma forma: corrupción, chantaje, encubrimiento, y la utilización de recursos públicos y privados para silenciar, limpiar y usar los fondos europeos como escudo.

Leonor revisa conmigo los documentos en una sala apartada del café donde nos citamos tras el trabajo. Su semblante de piedra apenas deja traslucir el miedo, pero sus palabras susurran gravedad y coraje.

—Este caso pesa mucho más de lo que imaginábamos, Luis. Aquí hay política, dinero y poder. Si fallamos, no solo nos despiden—nos pueden aplastar.

Siento una mezcla de vértigo y determinación. Ya no hay marcha atrás: el entramado es tan profundo como peligroso, pero las pruebas son suficientes para que nadie pueda hacerlas desaparecer sin dejar rastro. Hemos de movernos con inteligencia, buscar aliados discretos, valorar cuándo dar el siguiente paso.

La empresa parece cada vez más cerca de prescindir de mí, mientras Miguel me observa con curiosidad y algo de respeto tibio. Sé que mi tiempo y el de Leonor en este tablero está contado, pero si algo aprendí estos años, es

que la verdad, bien guardada y revelada en el momento preciso, puede cambiarlo todo.

Cierro la entrada sintiendo que nuestra batalla, aunque desigual, está a punto de dar el salto definitivo.

La Gracia de la Sombra por José Alfonso Garre & Comet Assistant

Entrada 18

La noche se siente más larga y espesa desde que tengo en mi poder las imágenes recuperadas y los registros alterados. Leonor y yo sabemos que no podemos confiar en nadie dentro de nuestros ámbitos, ni en la empresa ni en la comisaría, pero también entendemos que entregarlo todo en falso heroísmo podría dejarlo muerto y enterrado. Es cuestión de método y paciencia.

Pasamos horas en mi piso, la luz cálida filtrando el humo de dos cafés eternos, abriendo y cerrando copias encriptadas y haciendo listas cortas de posibles aliados. El mundo del periodismo sigue bajo presión, los abogados que conocen el sistema a fondo suelen querer pruebas blindadas antes de mover un dedo. Decidimos que, antes de actuar, es vital que las evidencias sean irrefutables, duplicadas y trasladadas a lugares fuera de nuestro control personal.

—No es solo protegernos, Luis —dice Leonor mientras revisa el último análisis forense de los archivos borrados—. Hay que asegurar que, si algo nos ocurre, nada desaparezca y que las pruebas puedan hablar por nosotros, aunque intenten silenciarnos.

Trazamos varias rutas de salida:

Copias físicas encriptadas, guardadas en buzones y cajas de seguridad fuera de casa y de la ciudad.

Envíos por correo electrónico seguro a dos periodistas de investigación, sin revelar la totalidad hasta el último momento.

Contacto anónimo con un juez de instrucción que, según Leonor, conoce los usos y costumbres de la policía y sabe cuándo mirar hacia donde otros se ciegan.

Todo esto lo hacemos mientras Miguel, en la oficina, empieza a pedir documentación extra y a sondear mi rutina con la excusa de ser “el nuevo”. Los auditores programan una entrevista presencial conmigo en menos de una semana. La sensación de cerco aumenta, pero también una extraña paz: estamos más preparados de lo que nunca estuvimos.

A última hora Leonor me cuenta que ha oído rumores dentro de la comisaría. Se comenta que el caso del vertedero quedará archivado por falta de pruebas, que todo se va a enfriar. Nosotros sabemos, sin embargo, que es el momento perfecto para que lo que hemos recopilado cobre sentido y fuerza.

Esa noche, los dos nos despedimos con un abrazo largo, cargado de esa mezcla de miedo y determinación que nos hermana más allá de los papeles y los procedimientos. El sistema es enorme, pero cada hecho puede ser una grieta si se sabe cómo y cuándo golpear.

Mañana será el día de la primera entrega, de la primera jugada real.

La Gracia de la Sombra por José Alfonso Garre & Comet Assistant

Entrada 19

La jornada de hoy parece dividida entre la calma fingida y la tempestad que empieza a levantar aguas profundas. En la penumbra de mi despacho, navegando entre el runrún de teclados y el susurro de impresoras, envío el primer paquete de pruebas. Un cúmulo cifrado de imágenes, registros de log y copias notariales viajan por canales seguros a una periodista veterana y a ese juez que Leonor conoce, ambos con instrucciones precisas sobre cómo y cuándo abrir la caja de Pandora.

En esos minutos, mi pulso retumba en las sienes. Me observo a mí mismo —el analista metódico, ahora convertido en agente de la verdad— y siento un vértigo que es miedo y esperanza a la vez. Sé que en cuanto el primer destinatario confirme la recepción, ya no podremos detener el proceso, ni controlar sus ramificaciones.

En la oficina, el ambiente cambia casi al instante. Mar me llama de nuevo a su despacho; veo en sus ojos ese brillo entre la irritación y la sospecha que nunca había sido tan punzante.

—Luis, hemos recibido notificación de la auditoría externa. Van a revisar tu proyecto completo. Estate preparado —dice, ocultando el temblor en la voz.

Notificaciones oficiales empiezan a saturar mi bandeja de entrada: solicitudes de aclaraciones, convocatorias urgentes. Al saber que la jueza ha abierto los documentos y la periodista responde con un lacónico "Lo tengo", una masa de tensión se disuelve en mi pecho: ya no somos los únicos dueños de la verdad.

Mientras tanto, Leonor lidia con las consecuencias en la comisaría. Rumores de apertura de expediente, caras largas a su paso, algún jefe que evita cruzarse con ella en los pasillos.

Nos reunimos esa tarde bajo la lluvia, que empapa la ciudad como si quisiera lavarla de secretos. Leonor no oculta el desgaste, pero ni el miedo ni la presión logran torcer su determinación.

—Ahora vendrán a por nosotros, Luis —dice con voz serena—, pero también vendrán a por ellos. Si una vida se perdió, si toda una red se montó para encubrir, ahora quienes miran para otro lado tendrán que explicar.

Ambos sentimos el peso del paso dado, el vértigo de saber que ya no hay vuelta atrás y que, si hemos hecho algo bien, la verdad sobrevivirá incluso si nosotros tenemos que desaparecer de escena durante un tiempo.

Esa noche, al escribir estas líneas, pienso que la integridad no es solo ética, sino estrategia. Que la dignidad consiste muchas veces en saber cuándo entregar lo que uno guardó y que, incluso en el peligro, compartir el peso lo hace más llevadero.

Mañana se sabrán las consecuencias reales. Sea cual sea la tormenta, estamos juntos, y aunque el sistema no cambie de golpe, una grieta se ha abierto en sus muros.

Entrada 20

Hoy, el mundo se ha encogido y al mismo tiempo ha estallado en voces. La publicación de las pruebas ha prendido la mecha: la periodista ha lanzado el primer artículo, imágenes difusas en la portada digital, conectando fiestas encubiertas, fondos europeos, directivos de Bis Data, mandos policiales y el destino final de la chica del basurero.

Al llegar a la oficina, la atmósfera es de tensión cortante. Las caras largas y las conversaciones en voz baja se convierten en el nuevo escenario. Mar no me mira y Miguel ahora lo hace con curiosidad y cautela, como quien teme estar demasiado cerca del epicentro de un terremoto. La dirección convoca una reunión urgente; el Comité de Seguimiento de fondos europeos anuncia auditoría oficial y un requerimiento externo exige acceso total a los servidores de la empresa y a mis antiguos informes.

El director de Bis Data, habitualmente esquivo, aparece en sala de crisis. Todo su discurso dirigido a la “colaboración institucional y máxima transparencia”. Sé que, en este juego, lo que ocurre puertas afuera no es lo mismo que lo que se decide puertas adentro.

—Luis, acude mañana a la sede central. Está en juego nuestra reputación, necesitamos tu apoyo para aclarar lo ocurrido —dice, con una mezcla de autoridad y desesperación.

Una llamada anónima me advierte: hay grupos en la empresa eliminando registros y recibiendo “recomendaciones” para salvaguardar nombres clave. El miedo a la caída ha activado el protocolo de defensa: silencio, redefinición de roles, ofertas de traslado y ascensos camuflados.

En la comisaría, a Leonor le asignan trabajo temporal “en comisión de servicio”, lejos del caso y del bullicio mediático. Hay preocupación por su integridad y, aunque oficialmente la “protegen”, no escapan a la sospecha de apartarla sin dejar rastro.

La prensa salta sobre los implicados. El político responsable de gestionar los fondos europeos aparece en los medios negando toda relación y denunciando una “campaña de difamación”. El mando policial involucrado solicita una baja voluntaria, y el directivo principal de Bis Data es suspendido de manera cautelar.

Luis y Leonor, lejos de ser héroes públicos, quedan en el limbo institucional. Los riesgos no han desaparecido:

pueden ser encumbrados sin poder real, apartados oficialmente o amenazados informalmente. Pero algo ha cambiado—la red ha sido expuesta; la chica del basurero ya no es solo un expediente olvidado, sino símbolo de un sistema corrupto hecho visible.

Esa noche, Leonor me llama para brindar, aunque sea a distancia, por la dignidad y por el valor de haber resistido. Sabemos que esto es solo el principio y que, si nos dejan, habrá más casos, más luces que encender, más batallas por la verdad.

Hoy, la ciudad parece distinta, más viva, aunque el peligro siga respirando en las esquinas.

Entrada 21 (Epílogo)

A veces pienso que la verdadera batalla se libra en los espacios de silencio, después de la tormenta mediática, cuando el eco de los titulares se apaga y las vidas vuelven —con heridas y cicatrices— a su cauce discreto.

Para Leonor y para mí no ha habido ceremonia, ni reconocimiento público. Nos han “ascendido” con cargos sin poder real y responsabilidades difusas. Yo he recibido una oficina en la sede central, lejos del flujo crítico de datos, rodeado de muros donde lo esencial es invisible y el trabajo se convierte en pureza burocrática. A Leonor la han destinado a una división de planificación e investigación: un puesto decoroso, alejado del frente, pero suficiente para que pueda observar y aprender de los nuevos caminos de la justicia.

Sin embargo, la paz aparente lleva dentro la semilla de la rebelión tranquila. Nos hemos prometido seguir en contacto, seguir atentos a las grietas que el sistema deja. El caso de la chica del basurero no se ha olvidado. Aunque la investigación formal se silencie, las pruebas flotan en manos seguras, y el precedente de nuestra batalla será imposible de borrar para quien quiera mirar más allá.

El entramado de las Zonas de Bajas Emisiones se ha destapado en parte, aunque los grandes intereses siguen moviéndose. Sabemos ahora quién y para qué se montan estos proyectos —control, fondos, poder—, y sabemos que el siguiente libro de nuestra vida llevará nuevos nombres, otras victorias y derrotas.

Hoy Leonor y yo hemos brindado por la dignidad resistida, por la memoria de quienes no pueden defenderse, y por esa luz interior que nunca nos dejaron apagar. “Seguimos siendo los mismos, pero más sabios y más juntos”, ha dicho ella, y en sus palabras he encontrado un refugio contra el desencanto.

En mi cuaderno, cierro este ciclo sabiendo que la batalla por la verdad nunca termina, pero que cada grieta en el muro es esperanza para quien viene detrás.

La ciudad vuelve a brillar con otra intensidad. El silencio, por fin, se parece más a la paz que al miedo.

